

HISTORIA DE UNA FINCA

A nuestro padre,
que nos enseñó a vivir en esta tierra.

«Mira, el olor de mi hijo
es cual olor de un campo
que Dios ha bendecido.
Te conceda Dios rocío de los cielos,
y pingües campiñas de la tierra,
y abundancia de trigo y de mosto».

Génesis, 27

PRIMERA PARTE

«Rústica. —Nº 1.042— Cortijo llamado de “San Rafael” en la campiña de este término, con una cabida de mil quinientas fanegas de tierra, equivalentes a ochocientas noventa y cuatro hectáreas, cincuenta y cinco áreas, o sean dos mil cuarenta y tres aranzadas, con caserío, estancia y zahúrdas. Linda al Norte con tierras llamadas de “La Reyerta”; al Oeste, con suertes de tierras llamadas de “San Juan de Dios” y arroyo del Salado; al Sur con tierras de monte bajo de “La Palmosilla” y, al Este, con tierras de “Malabrigo”. Esta finca está gravada con las siguientes cargas: una memoria de misas a favor de la Iglesia de Ntro. Sr. San Pedro, para decir veinticinco al año en el altar de la Divina Pastora, a razón del estipendio de dos reales y medio cada una para decir con la debida solemnidad, impuesta por doña María Núñez de Baena, en 26 de octubre de 1792, según resulta del antiguo Registro; un censo de 32 reales de réditos anuos impuestos sobre el Haza de “Las Merinas” para el sostenimiento de la dotación de chirimías del Martes Santo que resulta también del mismo Registro. Vale según los títulos 190 mil pesetas...

«...al fallecimiento del Sr. Don Santiago Núñez de Baena, último mayorazgo, ocurrido en esta ciudad en 6 de febrero de 1867, tomó posesión del vínculo y fincas que correspondían, entre ellas la de este número, cortijo de “San Rafael” previas diligencias judiciales seguidas ante la Audiencia de Sevilla y en virtud de providencia dictada por la misma en 5 de mayo de 1869, su hijo Don Santiago Núñez de Baena, de estado

casado, propietario, en cuya posesión quieta y tranquila y sin oposición alguna ha venido desde la citada fecha ejerciendo en los bienes del expresado vínculo, y por consiguiente en la finca “San Rafael” de este número, todos los derechos que a los poseedores de su época conceden las Leyes Vigentes..., etc., etc.»

¿No sabe usted si nos atascaremos en el Salado? —preguntó don Simón Cifuentes, notario, a don Alberto Rojas, labrador—. Esta noche ha llovido más de lo que nos creemos.

—Hace cuatro días se pasaba por allí —contestó este—. Pero más vale bajar por la cuesta. De cualquier modo, Frasquito sabrá por dónde ha de llevarnos.

Frasquito, en el pescante, acortó las riendas de las mulas. Era mejor llevar al tiro sujeto por la cuesta, porque los animales resbalaban con el barrillo; sobre todo, la «Beata», acabada de herrar.

Don Manuel Rodríguez, el médico, sacó la mano por la ventanilla del coche.

—Sigue lloviendo.

—Pues ya esto es mucha agua. La tierra está ya harta.

—Lo malo va a ser para volver —añadió don Manuel—. Hay que decirle a don Santiago que las tardes así, no mande el coche.

Don Simón se sentaba enfrente de don José, el juez. Tenían los dos casi la misma edad: más de cuarenta y menos de cuarenta y cinco. Hará unos cinco años que llegaron al pueblo, por la misma época en que el mayorazgo, don Santiago, decidió también venirse de la ciudad con su hermana Gertrudis, y labrar «San Rafael». Pronto, se conocieron y organizaron una partida de tresillo, una vez por semana, en la finca; después, fueron dos días por semana, y por último, casi a diario. A las tres de la tarde, Frasquito los recogía en el casino. Iban ellos dos y don Alberto a «San Rafael». Jugaban allí tres o cuatro horas y volvían ya de noche. Bastantes tardes se les unía también don Manuel, que gustaba

de hojear, mientras jugaban, las *Ilustraciones Españolas y Americanas* que recibía don Santiago. Los últimos números —de noviembre de 1889— trataban de la Exposición Universal de París, de la muerte de Luis I, de Portugal, de los inventos de un americano: Edison.

—El fonógrafo conserva la voz de un disco —comenta don Manuel—. Cuando una aguja raya la cara de ese disco, vuelven a oírse las palabras.

—¿Y el canto de los pájaros se oye? —pregunta doña Gertrudis.

—Igual... igual.

—¡Habrá de tener, entonces, una garganta muy fina ese... Ya se me olvidó. ¿Cómo dice usted que se llama?

—Fonógrafo, Gertrudis —decía don Santiago.

Don Simón y don José se enamoraron de Gertrudis, la hermana del mayorazgo. Uno y otro se declararon a ella varias veces, y los dos tuvieron mala suerte. Sin embargo, no por eso perdieron las esperanzas; su admiración y su amor por ella aumentaba a cada visita.

—Está en todo. No se le escapa ni un detalle. No tiene más que mirar a su hermano para saber qué es lo que quiere. Vive pendiente de él.

—Si no fuera por ella, el mayorazgo no hubiera podido vivir en «San Rafael». Gracias a su hermana, ha ido enterrando su disgusto en la finca.

Esta era también la opinión de todos; porque don Santiago vive separado de doña Carmen, su mujer. De doña Carmen corrían malas voces. No se sabía nada en concreto —claro está, no la habían visto nunca—; pero los rumores eran muchos. Lo cierto es que don Santiago, un día, cansado ya, se vino con su hermana a «San Rafael», una tierra olvidada de su patrimonio.

—Les presento a mi hermana Gertrudis —dijo a sus amigos, la primera vez que fueron a la finca.

Han pasado los años, y don Simón y don José siguen dispuestos a esperar cuanto sea preciso.

—Mientras Santiago me necesite, me debo a él —contesta siempre doña Gertrudis.

Ahora, Frasquito afloja el tiro a las mulas. Han bajado ya la cuesta, y el coche coge un carril a la derecha. Corren ya por tierras de «San Rafael». En la mitad de un llano, setenta arados, formados en círculo, aguardan a que salga el sol. Es el famoso «caracol» del mayorazgo, un apero de labranza de ciento veinte bueyes de seis a nueve años, una veintena de mulas cuatreñas para cerrar los cartabones, y más de cien metros de largo desde el gañán de punta al de cola.

Por los últimos surcos abiertos se apelmaza el agua de la lluvia. Andaban sembrando y hubo que dejar la faena parada; pero no se despidió a nadie. A los gañanes se les entrega un par de kilos de pan por cabeza, entretanto no cambie el tiempo. ¡Ha sido una lástima porque no quedaba mucho por sembrar! De las cuatro hazas de siembra de este año hay sembradas tres. La cuarta, nadie sabe cuándo se podrá sembrar. A don Santiago y a Gregorio, el aperador, les disgusta la raspa tardía. A veces, por el contrario, resulta mejor que la otra; mas, en general, a estas tierras les viene mejor echarles el grano temprano. Se crían con más fuerzas, granan mejor las espigas y, luego, empezando pronto, siempre queda verano para la siega.

Desde el coche, don Alberto mira, atentamente, una loma en la lejanía:

—¡Con qué buenos verdes está naciendo ese trigo! De seguro que allí no se para tanto el agua.

La yeguada del mayorazgo —sesenta y cinco yeguas de vientre— pace, muy cerca del carril, la zulla y las lenguas de oveja de la ería. Los hermosos animales,

empapados bajo la lluvia, apenas si levantan sus cabezas del suelo. Son yeguas castañas, cartujanas, zapateras, de grandes flancos, y tordas árabes, finas y pequeñas, nerviosas y ligeras como nubes. El yegüero, al ver cruzar el coche, saluda, ceremonioso, quitándose su sombrero forrado de hule negro.

—No hay mujer más buena que esa —insistía don Simón—. ¿Vieron ustedes cómo, el otro día, cuidaba del reuma de su hermano, trayéndole bayetas calientes?

—¡Y cuidado que don Santiago ha de tener que aguantar! Se necesita de una paciencia de santa... ¡Ojalá yo hubiera tenido una hermana así, capaz de sacrificarse tanto, que otro gallo me cantaría! —tercia don José.

Muy cerca del caserío, les adelantó Gregorio, a caballo. Don Alberto apuntó:

—Vendrá de darle una vuelta a las ovejas. Estarán buenas. La otoñada ha cuajado y la hierba crece por todos sitios. Mis becerros parecen novillos, de gordos.

—¡Más vale así, a ver si se mueve algo la notaría! Porque si no...

Ladraron unos perros y el coche se detuvo. Don Manuel y don José traían sus paraguas; los abrieron y cruzaron todos, rápidamente, el patio del caserío. Don Santiago se levantó al verlos entrar.

—Buenas tardes, señores...

La chimenea estaba encendida, y doña Gertrudis hacía encaje junto a una ventana.

—¡Qué valor, Dios mío! —dijo sonriendo—. Con la tarde que está...

En seguida, se sentaron alrededor de una mesa y comenzaron la partida, mientras don Manuel repasa la última *Ilustración* que llegó ayer. Tenía interés por acabar aquello de Edison; pero, lentamente, se queda

dormido. La noche pasada había tenido un parto laborioso; tuvo que acostarse casi al amanecer. Apenas cerrados sus ojos, rompió a llorar su hijo más pequeño...

Al despertar, encendían ya los velones.

—¡Vaya sueñecito! —exclamó doña Gertrudis.

—Estaba muy cansado. Y su hermano ¿mejora?

—Pues, sí. Los paños calientes le sientan muy bien.

Un canalón de lata, de los que bajan del tejado, se ha roto, y cae el agua afuera. De la gañanía sale un velador, cubierto por un capote, y se dirige hacia donde pastaban las yeguas. Otro hombre mete a un mulo, cogido por un ronzal, en la cuadra. En la estancia, el boyero comienza a encender los pesados faroles que cuelgan de la bóveda; hay que darles la primera ración de alverjones molidos en la paja a los bueyes de trabajo, que esperan con los bellos húmedos metidos en las pilas de piedra.

Mientras preparan la merienda, don Simón, terminada la partida, se acerca a la ventana. Mira al campo. Llueve. Doña Gertrudis pasa junto a él. Don Simón le mira a los ojos; ella los baja.

—Por favor, ya le he dicho que no me mire así. No me gusta. Vamos a merendar. Mi hermano aguarda.

En el comedor, don Santiago se entusiasma hablando de cacerías:

—Después de todo, he tenido suerte. La veda ha coincidido con mi ataque de reuma.

—Ya me ha dicho su hermana que está mejor —dijo don Manuel.

—Pero ella me agobia con tantos paños calientes. Dígale usted que con un par de ellos, basta.

—¡Sea bueno, don Santiago! —dice don Alberto—. Comentaba, hoy, con el párroco y, después, con estos señores, lo que vale doña Gertrudis.

—Sí, desde luego, es muy buena. Si acaso, un poquitín pesada.

Doña Gertrudis sonríe.

—¡Lo que daría yo por tener una hermana como tiene usted! —añade don José.

—Algún día, la veremos en los altares. Porque...

—¡Oh, sois demasiado buenos! —interrumpe doña Gertrudis—. Haced el favor de callarse, o hablad de otra cosa. Ya está bien ¿no?

Huele a grano mojado y a hierba fresca. Un muchacho saca del almacén una espuerta llena de paja; las gallinas saltan para picotearla. Se oyen unos cencerros y unos gritos muy lejanos.

Hay unos segundos de silencio. Doña Gertrudis toma una bayeta amarilla y la sostiene en alto cerca de la chimenea.

—¡Cuidado! Va a quemarse los dedos... —dice, muy bajo, don Simón.

El mayorazgo lo ha oído y se muerde los labios. Su hermana se inclina y le pone la bayeta caliente sobre un hombro. Es ya de noche. Don Manuel se impacienta:

—Señores, vámonos... Ha empezado a llover otra vez.

—Esperad, un momento. ¿Qué prisa tenéis? Frasquito se sabe el camino de memoria. ¿Queréis jugar otra partida?

—No, don Santiago, esta tarde no es posible. La cuesta resbala mucho.

—Bien, como queráis.

Los cuatro señores hacen una pequeña inclinación ante doña Gertrudis.

Ella pregunta:

—¿Verdad que encontraréis mejor a mi hermano?

—Don Santiago no tiene más que mimos. Usted lo cuida demasiado —dice don Manuel.

—No; creed que el hombro le molesta mucho.

—Hasta mañana, doña Gertrudis...

—Buenas noches, señores —ha dicho don Santiago.

Han abierto la puerta. Choca la lluvia sobre las piedras relucientes del patio. Gregorio aparece con un farol, la pelliza sobre los hombros.

—¿Manda usted algo, don Santiago?

—Nada. La noche se ha cerrado en agua. Por lo menos, en tres o cuatro días, no hay quien tire un grano a la tierra. ¿No te parece, Gregorio?

—Tirando corto y si el cielo cambia de cara; pero está el tiempo muy tierno.

—¡Qué vamos a hacerle! Acompaña a los señores.

Se abren los paraguas. Don Simón vuelve la cabeza. Doña Gertrudis sigue de pie, junto a la chimenea. Ahora, los cuatro señores cruzan el patio, muy de prisa, y suben al coche. Frasquito tranquiliza a las mulas que se impacientan.

—¡Quieta «Beata»! ¡«Pastora»! ¡Tonta!

—Mucho cuidado con la cuesta, Frasquito.

—No hay novedad, don Alberto y la compañía —contesta éste, mientras remueve con su mano la crin mojada de la «Beata».

Arranca el coche. Don Manuel se santigua, despacio. Ladran unos perros.

—Ya se han ido —dice doña Gertrudis.

Don Santiago se dirige a la puerta de la habitación y la cierra con llave.

—¡Ven! —exclama, volviéndose a doña Gertrudis.

—¿Qué quieres?

—Quiero que vengas.

Doña Gertrudis se dirige hacia él, paso a paso. Don Santiago la coge por los hombros y la aprieta contra sí.

—¡Por Dios, Santiago! Aquí no. Arriba. Pueden vernos.